

## LA ALPUJARRA

# El pequeño Tíbet

Todo el que la visita coincide en afirmar que en la Alpujarra hay algo que tranquiliza e invita a la meditación. ¿Serán ese aire cristalino y esa luz cuya paternidad comparten las montañas y el mar?

EN la Alpujarra todo es posible, incluso toparse con una *estupa*, esa típica construcción budista. De la estupa cuelgan ristas de banderines de colores con oraciones impresas que el viento lleva hasta las cumbres. Y más arriba una rueda de oraciones. ¿Acaso hemos dado un salto en el espacio y estamos en un valle del Himalaya? El paisaje, alrededor, no hace pensar en lo contrario: el amplio horizonte, el valle profundo y el silencio atronador pueden ser perfecta-

por encima de Yegen, el pueblo donde viviera muchos años Gerald Brenan, el escritor e hispanista británico autor de *Al sur de Granada*, el libro imprescindible de la Alpujarra. Un poco más abajo, en el valle, otro centro menos «espiritual», la Alquería de Morayma, un cortijo reformado cuyos dueños se han especializado en aprovechar la energía que emana de Sierra Nevada para tranquilizar espíritus y cuerpos agotados por el tráfico urbano. Y en el cortijo de Cortes, camino de Me-

cina Bombarón, el padre Peter, de origen chino, creó su centro de Tai Chí. Los vecinos de Bérchules, al otro lado del barranco, recuerdan los sonidos que emitían durante sus ejercicios.

La calidad de la Alpujarra como lugar «espiritual» no es nueva; le viene de antiguo. Ya la percibió el suizo Christian Spanhi, autor de *La Alpujarra: La Andalucía Secreta* donde escribió: «Allí, el hombre, mejor que en cualquier otro lugar, ha encontrado su verdadera explicación». Y con el mismo registro, Fidel

Fernández, uno de los primeros montañeros penibéticos, dejó dicho en 1931: «Aquí encontré bálsamos milagrosos que ayudaron a cicatrizar heridas del alma».

A lo largo de años, escritores, pintores y ciudadanos anónimos venidos de todo el mundo llegaron, se prendaron del aire, el agua y la luz de la Alpujarra —quizá también de sus jamones— y se quedaron. Durante un tiempo, allá por los años setenta y ochenta del siglo pasado, la Alpujarra sustituyó a Katmandú como centro de peregrinaje de los hippies hispanos. La mayoría no resistieron al trabajo duro y la convivencia difícil. Los que se quedaron se convirtieron en artesanos o pequeños empresarios que abrieron bares o pusieron tiendas de antigüedades. Los tiempos cambian y también las modas, pero no la paz que transmite la Alpujarra, que sigue contagiando a los viajeros que llegan hasta ella. ■ [Mariano CRUZ / GE]



SEBASTIÁN PRIETO

mente los de un valle del Tíbet. Pero no, seguimos en Sierra Nevada. Sólo estamos parados a la entrada de un centro budista fundado en 1980 por el Lama Yeshé, y que dos años después el propio Dalai Lama, venido a propósito, bautizó con el nombre de O Sel Ling, el Lugar de Luz Clara. ¿Cabe nombre más apropiado? La visita del Dalai Lama lanzó a la fama O Sel Ling, pero el centro alcanzó la cima de su popularidad cuando en sus inmediaciones se reencarnó un lama. Aquí comenzó su aprendizaje espiritual el niño lama O Sel, hijo de Paco y María, residentes en Bubión, reconocido como la reencarnación del ya difunto Lama Yeshé, aquél que fundara el centro.

Muy cerca, y más o menos por los mismos años, el monje zen Hôgen Yamahata fundó el centro de meditación Jiko Ân en una magnífica terraza natural, a 1.500 metros de altura, entre el cielo y el mar. El centro se encuentra



La estupa del centro O Sel Ling imprime al paisaje una nota de exótica serenidad. A la izquierda, la entrada al centro budista.

ROBERTO TRAVESEI

«ARTISTAS Y CIUDADANOS ANÓNIMOS VENIDOS DE TODO EL MUNDO SE PRENDARON DEL AIRE, EL AGUA Y LA LUZ DE LA ALPUJARRA Y SE QUEDARON».